

Manuales de Iniciación Cultural

**Dedicados a los trabajadores manuales
del Ecuador**

Eduardo Viteri G.

Editor

Carrera Bolivia No. 30

Quito - Ecuador

Imprenta Fernández

DEMETRIO AGUILERA MALTA

LA REVOLUCION ESPAÑOLA



A través
de dos
Estampas
de
Antonio
Eden

Nº 1 Manuales de Iniciación
Cultural

Dedicados a los trabajadores manuales
del Ecuador

Manuales de iniciación cultural

Desde hace tiempo viene sintiéndose en nuestra Patria un medio que, por su economía, se encuentre al alcance de los trabajadores manuales ecuatorianos, cuyo nivel de cultura es preciso elevar, en concordancia con la civilización actual.

Y estos pequeños manuales—que, concatenados entre sí, constituirán un compendio de conocimientos y formarán una

BIBLIOTECA LILIPUTIENSE —

aspiran a llenar ese vacío.

Por su módico precio, estarán al alcance de nuestros trabajadores. Y ellos, en la lectura de sus breves páginas, llegarán a formar un *mínimum* de cultura intelectual, indispensable al hombre de lucha de nuestros días, y de acuerdo con las ideas y estudios contemporáneos.

Finalmente, estos *Manuales de iniciación cultural* aspiran también a la divulgación de las producciones de eminentes escritores ecuatorianos, que son, al decir de «Spartacus», revista española, «los de más reciedumbre y personalidad social en la literatura de hispano-américa».

EL EDITOR.

DEMETRIO AGUILERA MALTA

LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Manuales de
Iniciación Cultural

Dedicados a los
Trabajadores manuales
del Ecuador

A través
de dos
Estampas
de
Antonio
Eden

Nº 1



Quito-Ecuador

Imprenta Fernández.



PRIMERA ESTAMPA

Contra la varanda está el señor Eden.

Capitán de bigotes pequeños, árbitro de las elegancias de Europa, gentleman entre los gentlemen de Inglaterra, hélo allí bebiendo el horizonte.

El señor Eden está hastiado de beber whisky, hastiado de ser el ídolo de las ladies entusiastas, hastiado de Von Ribentropp, de Blum, de Ciano, de Alvarez del Vayo, de Maisky, de Hull.... El spleen — el frío spleen británico — lo enerve en esta noche de verano. Ah! Si pudiera escaparse de Londres y de Ginebra. Si pudiera hacer su vida — la propia vida, no de la Europa y del mundo —. Si la política internacional lo dejara tranquilo. Si este continente podrido y viejo pensara un instante en vivir en paz, abandonando su perpetua autofagia inconcebible ..

Pero no! No puede. Europa es como es. Y hace tiempo que Inglaterra dirige la política de Europa.... Además, él es inglés, más inglés que nadie. Y por eso se debe a Inglaterra. Si no, que sería de Eduardo, por ejemplo? De ese loco Eduardo que ha llegado a ser rey y que no ama la corona. Es decir, que a la corona

prefiere una mujer humilde, fea, pobre, divorciada y sentimental.... la señora Stimson.... Cualquier día ese Eduardo nos va a dar un disgusto. Y pensar que es el primer monarca de la tierra. Que todas las mujeres se vuelven locas por él. Qué todo le es fácil por que tiene todos los caminos hechos.... Y, sin embargo. Será que lo ha captado, también, el frío spleen de los lores ancestrales?....

El señor Eden se acomoda el traje. El traje elegante que hoy deben imitar todos los sastres del mundo. Se siente crecer. Y — creciendo frente al océano — sonríe.

Qué sería de Inglaterra, sin él? Ahí está de Valera amenazando con su Irlanda hambrienta de libertad. Más allá asoma Hitler sus bigotes de acero, desesperado por colonias y por mantequilla. El viejo Azaña y el millonario León Blum, con sus pueblos agresivos, están interrumpiendo la serena digestión del adiposo Jhon Bull. Y — por si esto fuera poco — he aquí que los maxilares robustos del Duce — ahitos de carne negra — se dirigen en pesca tenebrosa al glauco Mare Nostrum. Felizmente allá, en la América Rubia, el demócrata Roosevelt, mantiene el equilibrio de este mundo suicida.

Ah! Si él — el capitán Antonio Eden — hubiera conocido a ese niño inocentón y grandote que era el papá Wilson — sobre todo si lo hubiera visto antes de Versalles. Si le hubiera podido hablar de Europa, de esta Europa belicosa que el generoso yanqui no conocía.... Cómo hubiera cambiado la política mundial. Tal vez Wotam no hubiera sonado su trompetería guerrera. Sería dulce vivir en una paz idílica construyendo la nueva sociedad, la nueva economía, sin cañones, sin tanques, sin aeroplanos, sin gases, sin Hitlers, sin Mussolinis....

Desgraciadamente, ha sido todo lo contrario. El nombre de Versalles suena a burla sangrienta, el Rhin ha sido manchado nuevamente por la bota teutónica. Europa es un torpedo cargado de trilita. Maquiavelo se encarna en todos los dirigentes. Marte se pone casco, se viste de kaki y se nutre de embutidos de carne humana. Será posible que se erija en nuestro único Dios. El único Dios de nuestra generación hipermélope?

Por lo pronto, he allí que Alemania ha apretado el estómago de sus hombres, pero tiene acorazados de bolsillo y una artillería monstruosa. Italia — qué pesadilla se ha tornado este país maravilloso, de tanta tradición y de tanta belleza — Italia quiere un imperio. El hijo del herrero tiene un complejo cesáreo. La negra carne de Abisinia es poca para la antropofagia inaudita de un amo de reyes y papas.

De pronto he aquí que un radiograma sacude el espíritu del Capitán elegante.

Debe volver a Londres. Sus vacaciones terminan. Su spleen se nutrirá con fuertes manjares. España — la tierra de los Quijotes y los Sanchos, de los Cristos y de los toreros — acaba de incendiarse.

Acaso han puesto leña y candela manos extrañas. Lo cierto es que el incendio amenaza Europa. Llamas enormes sacuden el viejo continente. Es que Marte ha agotado su paciencia? Es que todos estamos medio locos?

Y el Capitán Eden ama a España.

Conoce a España, palmo a palmo. Por lo mismo que es inglés y que sabe lo que esa tierra vale. España! Su España! La España de los ingleses!...

Lo envuelve una bufanda de recuerdos. Corridas de toros. Gritos de pandereta. Chatos de montilla, Manolas de ojos homicidas. Alegría de vivir. Sol purísimo. Ubres llenas de dinamia desde el Cántabro al Mediterráneo.

Su España!

Hecha desde los Códices de Autos Viejos de Rouanet hasta Calderón, pasando por Torres Naharro, Gil Vicente, Tirso, los Lopes y Alarcón. Hecha desde la Celestina hasta Cervantes y Quevedo. Desde las crónicas de Alfonso el Sabio hasta la Grande y General Historia de Mariano. La España del Arcipreste y de Manrique, de los Luises de León y de Granada, de San Juan y Santa Teresa. La España del Cid y de Carlos V. Su España! La del Moro, Zurbarán, Murillo, el Greco, Velázquez y Goya. Su España! La del Peñón de Gibraltar, la de las usinas de Viscaya, la de las minas de Río Tinto.

El Capitán Eden conoce a España. Sobre todo la España de los últimos tiempos. Vió reír al león británico, cuando acabó la orgía de las colonias ibéricas. Sintió el rubor de la derrota de Cuba. Acaso ha intuído muchas veces la alegría de Europa, cuando la firma en París el año 1898. Firma desgraciada en que Estados Unidos iniciaba su interesado abrazo en el Cáribes. Acaso se ha imaginado muchas veces cómo regresaron los conquistadores ibéricos de esta última aventura. Cuando muy pocos volvieron. Famélicos, febriles, desgarrados el cuerpo y el alma. Claro que esto solo los soldados. Los oficiales irrumpían llenos de oro y

de baldón. Con más bordados y más paños en sus trajes. Con más ambiciones bastardas en su espíritu.

Pero ¡la España que más conoce es la del Borbón, la de Primo de Rivera, la de March, la de Romanones, la de Niceto, la de Cambó, la de Gil Robles, la de Lerroux, la de Calvo Sotelo, la de Martínez Anido.... La España que tuvo el parto desventurado de una República de Trabajadores.

Eso si lo recuerda claramente. Lo recuerda como si fuera ayer. Es que repercutió en toda Europa como un terremoto tragicómico.

La entrega se hizo en casa del doctor Marañón. Ese doctor que escribe sobre Amiel, sobre don Juan y que dice entre mujeres y entre demagogos, frases rimbombantes de un revolucionarismo onomatopéyico y de periferia.

Romanones, el viejo zorro de todos los tiempos, inclinó su testa burlona. Acaso dijo unas palabras incomprendibles. Tal vez pensó muchos hechos oscuros y tortuosos. Quizá hasta se sintió tremendamente histórico. Pero en el fondo era un histrión. Romanones — el viejo zorro de todos los tiempos — dejó en manos de Niceto, el Cacique descendiente de Caciques de la provincia de Jaén, ese feto informe que había nacido el 14 de abril. Acaso en la conciencia de los presentes se perfiló el rostro triste agrio del que hablara después Ortega y Gasset.

Cuando el viejo Romanones había arribado a su palacio de la Castellana, dízque había dicho, con sonrisa mefistofélica:

—He dejado el poder en manos expertas.... Ahora me marchó a palacio a darle cuenta a Alfonso de lo sucedido.... Y a preparar su viaje ..

Don Alfonso! Ese nombre le ha sonado como un latigazo. Qué mediocre tipo es don Alfonso. Si no, que lo diga Burgos la ciudad del triste destino. No vale la pena tener guardados los restos de Rodrigo de Vivar en una de las catedrales más bellas del mundo, para haber sido el sitio del planeamiento del desastre de Annual.

El desastre de Annual! La penúltima carnavalada trágica del ejército español!...

La preparó el propio monarca. Quería su pedacito de gloria. El general Silvestre sería el encargado de realizarla. El hecho de armas se lograría al propio tiempo que se trasladan los restos del Cid a la vieja Catedral. La fiesta duraría varios días. Un pedazo de tierra africana aumentaría la esquilhada Corona que otrora tuviera dos mundos.

Era el 25 de julio, fiesta de Santia^go. Se esperaba con ansia un telegrama anunciando el triunfo, la toma de Alhucemas. Pero la espera se hizo angustiada y terrible. El Borbón — con discursos y todo — preguntaba a cada instante si había llegado la preciosa noticia. Pero el anhelado telegrama no llegó. En Monte Arruit habían perecido diez mil soldados. La mayoría de la oficialidad estaba prisionera. El fracaso había sido absoluto, irreparable.

El Borbón regresó a Madrid lleno de presagios sombríos. Y el militar profesional español había iniciado su peregrinación hacia el desastre.

Esto había agravado una situación que con tal camelo pensó calmar el monarca. La revolución rugía por todos los ámbitos del país. Se hacía urgente el establecimiento de la Dictadura para salvar la Monarquía.

Y así fué como surgió Primó de Rivera, Capitán General de Cataluña. El día 15 de setiembre de 1923 se sublevó en Barcelona con su guarnición.

El Golpe de Estado se realizó como en casos análogos. Las clases directoras provocan la exacerbación por todos los medios. Se restringen los créditos bancarios. Se estrangula la vida política y social del país. Se martilla la economía proletaria y campesina. Y, entonces, cuando surge la protesta, la metralla se vuelca en oleadas sobre la carne trabajadora. La policía y la prensa burguesas, como buenas aliadas, hacen una obra conjunta. El orden — finalmente — hay que restablecerlo con punta de bayonetas y señores de uniforme.

El carnaval de los últimos años de la Monarquía tuvo una estampa tragicómica. La visita del Borbón y su Dictador a Mussolini.

Se embarcaron en Valencia en medio de fiestas estruendosas. Fue una verdadera orgía que se prolongó a bordo de la nave que los llevaba a Roma. Toda la pequeña corte que solía acompañar al «hijo de mujer y cosechero», al par que al ilustre Monarca, sembraba de crápula el Mediterráneo.

Cuando estuvieron en la ciudad de las siete colinas se llevó a cabo un convenio secreto entre ambos dictadores. Acaso fue esta la primera semilla concreta de la intervención fascista en España. Por lo menos en el espíritu del Duce esto debió de causar honda impresión y ser el motivo de muchas noches de insomnio y de sonrientes esperanzas.

Alfonsito estaba que no cabía en sí de gozo. Se inclinó ante la ruda testa del amo de Italia:

—He aquí mi Mussolini.

Y no contento con esto, fue donde el Papa, le besó los pies y le ofreció su espada para luchar contra los infieles.

Cuando regresaron a España y el humo del entusiasmo y de uno que otro vinillo generoso de Italia, se hubo disipado, la realidad los hizo olvidarse de sus promesas recientes. Por otra parte, el Duce absorto en otros problemas más urgentes, al propio tiempo que pensando que no eran todavía ni los hombres ni el tiempo que él necesitaba, los entregó también al más completo olvido.

El Capitán Eden sabe, también, por qué las clases directoras dejaron triunfar la España de Alcalá Zamora - Romanones. Qué puede escapársele al excelente capitán inglés? Qué puede escapársele, si con el «Intelligence Service» tiene para estar informado de lo que pasa en el Mundo, mejor que los naturales de cada país?

Sabe que la Gran Guerra del Catorce preparó a España para cosas enormes. Los negocios gigantes, crearon una plutocracia fornida que manejó periódicos, bancos, conciencias. El casticismo monárquico estuvo en bancarrota. Los aventureros surgieron por doquiera a substituir a los antiguos nobles. La comisión fue la nueva peseta que reguló esta España podrida. El periódico de negocio substituyó al periódico censurado por las bayonetas. La situación se tornó insoportable. El Dictador y el Monarca estaban perdidos. Los hori-

zontes se les cerraron. Había que buscar una salida. Cualquiera que ella fuese. La plutocracia tenía que salvarse, pasare lo que pasare.

Una salida? Si. Podría ser la de cambiar la etiqueta a esa vida escandalosa y urgente. Por otra parte, era fácil. Cuestión de modificar un tanto el escudo. En vez de la corona real se podría dejar la mural. Que en vez de Dictador, el jefe se llamara Presidente. Lo esencial era que no hubiese un tiro. Que no se derramara una gota de sangre. Para que? Los mismos parásitos iban a seguir nutriéndose con el trabajo del pueblo. Los mismos. Aunque algunos se escaparan hasta Fontainebleau.

Así. Así ha surgido esta nueva España que nadie tomó en serio.... La España, República de Trabajadores.

Antonio Eden ha hecho varias veces un balance de la flamante República de Trabajadores.

Qué le había dejado al País?

Las mismas gentes seguían poblando los Bancos, los Ministerios, las Peñas.... Seguían realizándose las mismas especulaciones. Los periódicos monárquicos se habían hecho republicanos a la hora siguiente. Y Maura, Miguel Maura el Ministro de los ciento ocho muertos, había comenzado una labor antiobrera y represiva. Como rúbrica, ahí estaban los crímenes de Sevilla, de la Jefatura de Policía de Barcelona, Casas Viejas, Castiblanco y Arnedo, Figols, etc.

Las Cortes constituyentes fueron una esperanza para el pueblo español. Pero desde el triunfo de Alejandro Lerroux, el emperador del Paralelo que obtuvo

35.000 votos sobre sus compañeros, esta esperanza decayó un tanto. Y efectivamente el pueblo tenía razón.

La secular aliada de la Monarquía y de las clases dominantes, la Iglesia, afianzó en ella sus privilegios. El Clero seguiría cobrando durante dos años la anualidad de treinta millones de pesetas, las órdenes religiosas quedaban subsistentes en espera de leyes que regularan su vida legal. Además Gil Robles y Lerroux se encargarían de proteger dichas órdenes de modo que obtuvieran más beneficios que antes.

Gil Robles, el alma directora del bienio negro.

Gil Robles se había destacado como diputado de las derechas, había pertenecido a la redacción de «El Debate», el periódico de Angel Herrera, uno de los Rothschild del catolicismo, como los llamaban en Madrid. Cuando su influencia se hizo trascendente era natural que lo religioso pasara a primer término. Fué así, por ejemplo, que la compañía de Jesús no fue disuelta de inmediato y siguió manejando gran parte de la economía española en la que tenía invertido un capital de más o menos 6.000.000.000 de pesetas. Dominaban los ferrocarriles, tranvías, electricidad, gas, transportes marítimos; controlaban la Banca, la Telefónica, etc.

Todas estas fuerzas fueron enfiladas contra los sectores de izquierda de la República, negando toda concesión a los trabajadores. Por otra parte, con la separación de la Iglesia del Estado, Roma tenía manos libres para incautarse de cuanto quisiera, nombrando sus dignatarios eclesiásticos en España y, además, contribuyendo al embrutecimiento de las masas, para realizar mejor sus propósitos.

Una de las cuestiones que el pueblo había esperado anheloso era la expedición de una ley de Reforma Agraria que, por lo menos, expropiase sin indemnización las tierras que la Aristocracia poseía desde siglos, no por el producto de su trabajo, si no como graciosa donación del Rey, durante las guerras de conquistas.

Esto se había hecho en Francia, durante la revolución burguesa, creando ocho millones de pequeños terratenientes. En España cuando se desposeyó a la Aristocracia de sus tierras, se las indemnizó ampliamente.

La deuda pública, que había ido creciendo a partir de la guerra de Marruecos, había aumentado escandalosamente hasta el catorce de Abril, fecha en que llegaba a la suma de 24.000.000.000 de pesetas. La flamante república no hizo nada para modificar esta situación que crecía con un déficit presupuestario de 700 a 1000 millones de pesetas por anualidad.

Los rentistas siguieron cobrando sus intereses. Se aumentaron las contribuciones, cayendo sobre el pueblo toda la tragedia de una bancarrota creada por la plutocracia monárquica y su sucesora, la plutocracia republicana.

Los enchufes habían llegado a su máxima impudicia. Se dió el caso de cobrarse tres y cuatro sueldos por distintos motivos. Era notorio el caso de Salvador de Madariaga, por ejemplo, que cobraba 12.000 pesetas como diputado a Cortes, 300.000 pesetas oro como embajador en los Estados Unidos y 20.000 por acudir de vez en cuando, a representar a la República en la Sociedad de las Naciones.

En la Dictadura, por otra parte, se habían realizado negociados tan formidables como el de la Telefónica.

En conexión con Primo de Rivera, hijo, la International Telephon and Telegraph había dotado a España de un sistema de comunicaciones automáticas a cambio de una serie de privilegios ominosos para la Nación. Estaba excenta de toda clase de impuestos o tributos del Estado, de la Provincia y del Municipio. En 1928 se calculaba que tendría un capital de 600 millones de pesetas, amén de que las condiciones en que había penetrado al país eran casi irrompibles.

Pues bien, la naciente república tampoco había hecho nada por modificar las relaciones con la poderosa empresa yanqui.

Si se había hablado de un cheque de 600.000 dólares dado por la firma real puesta al pie del contrato, por qué no se habían tomado providencias posteriormente? Primo de Rivera hijo, había sido nombrado abogado de la compañía y esta había sido un nuevo nido de enchufes para los hombres de la Dictadura. Con el advenimiento de la República, se convirtió además, en uno de los centros de dirección de la política del país.

Acaso una de las figuras más siniestras de la España negra es la de March, de Juan March, el hombre de negocios solo comparable a Romanones.

La prensa de empresa estaba a la orden del día. «La Voz», «El Sol», «El Liberal», «El Herald», «Abc», «Informaciones».... Todos servían los negocios particulares de determinados individuos o empresas. Pues bien, March no quiso quedarse atrás. Aprovechó del fracaso de Santiago Alba en «La Libertad» y se adueñó de esta empresa. Por otro lado, Marruecos necesi-

taba hombres para su voracidad irrefrenada. Muchos hombres que iban a sembrar el Africa con sus cadáveres. March lo advirtió y se apoderó de la Transmediterránea. Mientras más hombres pasaran el estrecho a luchar con la morisma paqueadora, mejor para él. Y así, sus periódicos seguían haciendo propaganda de la traidora contienda. Sus buques seguían pasando nueva carne de cañón. Pero hubo algo más. Era muy triste que esos hombres que iban a matarse no tuvieran una distracción, un alivio. Había que inventar algo para matar su aburrimiento. Y así fue como encontró en el humo su mejor aliado. Desde ese día no solo cobraría fabulosas cantidades por el transporte de tropas. También les venderá tabaco para que olviden su suerte miserable. Al poco tiempo, desaloja la compañía arrendataria de tabacos y queda como único vendedor de humo en España.

A partir de este instante, es el eje de la política reaccionaria. A indicación suya, va Santiago Alba a las Cortes, Lerroux a la presidencia del Consejo y Gil Robles se pone por completo a sus ordenes. El Rey del Tabaco es el amo de España.

El problema ferroviario, uno de los más graves de la Península, se trató de solucionar con el aumento de tarifas. Lo manéjaban en muchos aspectos los Rosthchild. La historia de los ferrocarriles españoles había sido de lo más trágica. Se habían construído a base de precio por kilómetro, de modo que mientras más largos fueron los trayectos, más ganó la compañía constructora. Pero, desgraciadamente, el aumento de tarifas no solucionó nada. Los obreros siguieron ganando

sueldos miserables, en su mayoría de cuatro pesetas. Lo único que algo se redujo fue el número de las compañías ferroviarias fusionándolas, pues habían llegado al número fabuloso de 102.

Los monopolios hicieron un camino de lo más trágico. Hubo monopolio de tabaco, de las cerillas, del corcho, del petróleo, etc. Poco a poco, las compañías extranjeras, aprovechando de la situación que se planteaba con el desorden de toda España, iban captando la riqueza nacional.

Las minas de azogue de Almadén, que representan el ochenta por ciento de la producción mundial, las de cobre de Río Tinto, que fueron vendidas por el gobierno español a una compañía inglesa en la cantidad de 92.000.000 de pesetas, los carbones de Puerto llano y Peñarroya. Todo. Todo iba pasando a manos extrañas. Pero acaso el más interesante era el monopolio de petróleo, creación de Calvo Sotelo, así como el Centro de Contratación de Moneda, que arruinó el comercio exterior de España. El monopolio de petróleo, la CAMPSA, prometía rebajar el precio de los productos petrolíferos, favoreciendo el transporte; prometía dar más y mejor salario a muchos obreros; ser un renglón de magnífica entrada para el gobierno. Pero lo que ocurrió fue sencillamente todo lo contrario. Se hicieron indemnizaciones fabulosas como la hecha a March, que traía petróleo ruso en mejores condiciones y al que para sacar del mercado hubo que darle treinta millones de francos. Claro que esto todo iba grabando sobre la espalda de los contribuyentes.

Pero la CAMPSA tuvo además otro pecado mucho más grave que fue el de crear una verdadera esclavitud de España al extranjero, por falta de carburantes. Sencillamente, lo que hizo fue comprar gasolina de ma-

la calidad y venderla a buen precio, actuando como mero importador intermediario.

En general, este era el perfil triste y agrio de la República del 14 de abril, según Ortega y Gasset, quien ya había enjuiciado a muchos de los nuevos hombres, cuando eran viejos y monárquicos en las últimas semanas del gobierno Berenguer, en su famoso artículo «Delenda est Monarchia», publicado en «El Sol».

El suceso de Casas Viejas fue el toque de alarma en la conciencia obrera.

En este miserable pueblito de Cádiz, donde sus pobladores no podían vivir más que de la caza furtiva, había ocurrido una serie de hechos insólitos. Se había asesinado con el famoso tiro a la barriga a 24 personas. No había ni un herido ni un prisionero. Algunos trabajadores, entre otros el cabecilla «Seis Dedos», habían sido quemados en su choza. Las izquierdas protestaron en el Parlamento. Pero no se llegó a ninguna conclusión satisfactoria.

Había pasado el tiempo del bienio rojo y comenzaba el tiempo del bienio negro. La era de Gil Robles y Lerroux con sus vaticanistas. Se haría la nueva política desde la redacción de «El Debate». Lerroux tuvo un gobierno que duró cuatro meses. La CEDA (Concentración española de derechas autónomas) estaba en su apogeo. Pero ya se preparaba un fuerte movimiento de izquierdas para el caso de que Alcalá Zamora entregase el gobierno a las derechas.

Este hecho ocurrió el 4 de octubre del año 34, haciéndose cargo nuevamente del Gobierno Alejandro

Lerroux. Apenas se tuvo conocimiento de que la Ceda, en manos de Alcalá Zamora y Lerroux se había incautado el Poder, se produjo en el país una especie de toque de arrebato. Al día siguiente surgió el paro general. Sin embargo, todo esto había sido previsto por las derechas y todas las medidas que habían de producir los trágicos hechos de Octubre habían sido tomadas. El propio Gil Robles ante el Congreso lo confesaba más tarde: «Para nadie era un secreto que los elementos revolucionarios venían preparando un alzamiento para rescatar la República. Alguien me ha dicho que yo tuve la culpa del movimiento: así es en efecto. Yo tenía la seguridad de que estaban en camino armamentos y municiones y que se preparaban las masas para lanzarlas a la revolución y en aquellos momentos en que yo veía la sangre que se iba a derramar, me hice esta cuenta: Puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad si no entro en el gobierno. Ah. Pero entrando, revienta la revolución? Pues entonces que estalle antes que caiga sobre todos nosotros, antes que nos ahogue. Y esto fue lo que hizo Acción Popular: Imponer el aplastamiento implacable de la revolución. El día que la gente conozca todos los peligros de aquellos días se comprenderá el sacrificio que hemos realizado los hombres de derechas y cuantos nos ataquen por haber aceptado el Poder no son más que aliados de la más infausta de las revoluciones.

La revolución de Octubre pecó de desarticulada.

Mientras en Madrid se continuaba el paro, sin tener conocimiento del resto de España, en otras partes ocurrían hechos de lo más diversos.

En Bilbao por ejemplo, los mineros de Arboleda y Galdames habían ido a ocupar la ciudad, pero el Comité les dijo al llegar a sus puertas, que no tenían armas y entonces ellos se regresaron a sus montañas. El llano y la ciudad quedaron en manos de las tropas y de la Guardia Civil. En otros sitios como en Valencia y Santander se luchaba, también de un modo desarticulado. Lo único que se logró fue el grito de UHP (Unión de hermanos proletarios) símbolo de la unión de todos los proletarios de España.

En Barcelona había sido distinto.

Companys proclamó el Estat Catalá. Le contestó el general Batet declarando el estado guerra. Dencás tuvo una posición dudosa. No solicitó las armas que Companys le pedía. Y el final fue la rendición del presidente de la Generalidad, del Alcalde Pi Suñer y algunos concejales. Diego Hidalgo el Ministro de la guerra de esta época infame, amaneció tranquilo. El primer juego estaba ganado. Ahora se podría escribir un libro como aquel que se publicara en su editorial CENIT: Un notario español en Rusia. El nuevo libro podría titularse: Un notario español en Barcelona y Asturias.

Y que precisamente faltaba Asturias. Acaso lo más difícil, dado el carácter indómito, la vida angustiosa y la conciencia de los bravos mineros.

Asturias!...

Independiente del resto de España, absolutamente sin noticias, se peleaba allí bravamente. Toda la cuenta minera estaba en poder de los trabajadores. Se habían tomado la ciudad de Oviedo. Con las fábricas de Trubia y Oviedo, la de dinamita de Manjoya y la de cartuchería de Lugones, medio se peltrecharon.

En Madrid cundió la inquietud y la alarma a causa de la insospechada resistencia de los mineros. Y prontamente el teniente coronel Yagüe y el General López Ochoa fueron a combatir a los asturianos.

La lucha se prolongó. Se repitieron los hechos heroicos. Pero iban llegando noticias cada vez más duras para los trabajadores: La revolución había fracasado en el resto de España. Era inútil sostenerse por más tiempo.

Desesperado, Belarmino Tomás, conferencia con López Ochoa. Se llega a un acuerdo para la rendición de los obreros. Cesan los fuegos. Se entregan las armas. Pero cuando cesan las hostilidades, este acuerdo no es cumplido por el Gobierno. Los regulares y las tropas del Tercio entran a cometer toda clase de tropelías en Oviedo. La sangre fertiliza toda la tierra asturiana.

Es clásico de estos horrores uno de los métodos de fusilamiento. Se introducía el cañón de un arma por el ano de los obreros y se vaciaba la alimentadora.

Es que estábamos en el gobierno del terror, El gobierno de don Ale y de Gil Robles. El gobierno de Angel Herrera y de sus colegas de «El Debaté».

Además, Lerroxx solo tenía una preocupación: Liquidar el asunto de Asturias. Los tres mil muertos, los siete mil heridos, los cuarenta mil presos políticos no habían calmado su ansia de represión y de sangre.

Las derechas se desprestigiaban cada día más. Se veía que la ola de persecuciones había exasperado al pueblo. Por otra parte, surgían dificultades de toda índole, especialmente en lo económico, que habían apa-

recido a raíz de los sucesos de Asturias. Por eso, el día 16 de febrero del 36 no fue una sorpresa ver como el pueblo se volcaba materialmente sobre las urnas. La Esquerra de Catalunya obtuvo un triunfo arrollador. Al día siguiente se pudo comprobar que las candidaturas de izquierda habían ganado las elecciones de diputados a las Cortes. El día 19 de febrero a las cinco y media de la tarde, entraba Azaña triunfalmente en el edificio de la Plaza de Oriente. Al día siguiente lanzaba una alocución irradiada a toda España. Se aprobó un decreto de amnistía a los presos políticos. Se expidió otro, restituyéndoles sus puestos a todos los despedidos por huelgas.

Durante los días 17 y 18 de febrero la plutocracia estaba aterrada. No se podía explicar que era lo que estaba ocurriendo. Rápidamente se madura un plan. Queipo del Llano, sirve de enlace entre su consuegro y los militares. Don Niceto hace grandes esfuerzos con Portela para que éste declare el estado de guerra. Firma el precioso documento, que al poco tiempo presenta Portela como prueba de adhesión al nuevo gobierno.

De un golpe se ha venido al suelo la vieja España, con todos sus atributos de infamia. Por eso, a partir de este momento las derechas, la plutocracia, el ejército y el Presidente de la República solo piensan en el Golpe de Estado.

Pero el Golpe de Estado es descubierto a tiempo por las fuerzas de izquierda y Alcalá Zamora es destituido.

El período que abarca desde el 19 de febrero hasta el 19 de julio es fecundo en hechos de provocación y represalia. Se busca el menor pretexto para exacer-

bar el ánimo del proletariado. Se realizan manifestaciones fascistas. El propio Calvo Sotelo en el Parlamento declara esta filiación política. Los espíritus están cada vez más exaltados. El más indiferente hubiera podido preever que se avecinaban grandes cosas. La plutocracia se mueve sigilosamente preparando la traición de los militares y el ahérramiento del pueblo. Es que las altas clases dominantes, difícilmente se resignan a perder sus beneficios seculares.

Todo esto lo piensa en aluvión el señor Eden.

El Intelligence Service lo ha tenido completamente informado. Presiente el camino que va a tomar España. Pero eso no le interesa. Lo interesante para él es Inglaterra. Lo de España puede ser una semilla para la guerra mundial. Acaso el Imperio Británico puede hasta derrumbarse. Lo mejor es localizar y circunscribir la guerra en la Península. Nada más que a la Península. Y si Alemania e Italia intervienen? Está casi seguro de ello. Sabe que ya han pasado aviones extranjeros para la España de Franco. Franco! Cómo le suena este nombre! Es el de un hombre que ha soñado toda la vida con tomar Madrid.... Bah. Dejémos a Franco y pensemos en la guerra. Si. Hay que circunscribir la guerra a España. Además que el Capital y el Ejército tienen que ganar. El pueblo no tiene armas. El Pueblo no tiene una técnica bélica. Lo siente por las bellezas de ese gran país. Por sus museos. Por sus obras de Artes. Por sus riquezas espontáneas y magnificas.... El, él no puede hacer otra cosa. Si los otros toman una actitud agresiva, se hará el ciego y el sordo. Que Mussolini y Hitler hagan lo que quieran. Inglaterra adora la paz. Es tan sa-

broso el roaf beef, el smoked iris bacon, las ladies, el Derby, el whisky. Y esas libras —sobre todo esas libras rubias— que vienen a montones de las colonias, de las numerosas colonias del Imperio Británico....

Si. Que allá peleen los otros. Tiempo quedará— en todo caso— de intervenir. Se verá entre tanto como anda la artillería pesada alemana y los tanques y aviones del Duce. Acaso puede que hasta surja un nuevo gas ponzoñoso. Puede que hasta existan nuevos medios de destrucción. Se habla de bombas que producen elevaciones de temperaturas a miles de grados, que volatizan al hombre instantáneamente.

Marte mostrará sus nuevos lujos. Y hay que dejar a España sola. Con tal de que no toquen los intereses británicos. Los tocarán? Quien sabe! Ahí está el Peñón de Gibraltar. Ahí está la flota rodando por el Mediterráneo azul. Ahí están los múltiples tentáculos económicos dominando el mundo. Hay que buscar una fórmula de no intervención. Hay que ponerse de acuerdo con León Blum. Las manos fuera de España. Inglaterra esperará pacientemente. Pero será beneficioso tener tan cerca un nuevo país fascista? No será un peligro para Inglaterra y para el mundo? En fin. Habrá que esperar. Ya se encontrará la solución adecuada. En tanto, esperar. Y que nadie intervenga. Claro que si Italia y Alemania lo hacen....

SEGUNDA ESTAMPA

Acaba de leer el sensacional libro de Luis Delapree. Ese Luis Delapree, gran periodista francés, que muere asesinado por la metralla nazi, cuando regresaba a París. Iba en un avión de la Air France. Ningún pasajero se ha salvado. Sus familiares han hecho una edición de sus crónicas, muchas de las cuales aparecieron en «Marianne», «París Soir», etc., pero muchas de las cuales también fueron rechazadas por las empresas mercenarias de algunos periódicos.

El libro de Delapree le quema los ojos, le sacude el espíritu. Será posible todo aquello que cuenta el notable escritor francés? Será posible?

«18 de noviembre de 1936.

...En la calle de la Montera, esquina de la Granvía, un proyectil ha hundido una casa de cuatro pisos. Afortunadamente, estaban todos desiertos. Pero en la planta baja hallábanse tres ancianas reunidas alrededor de una mesa. Han sido aplastadas contra el suelo. Dos han muerto. La tercera, con las rodillas rotas, ha quedado durante siete horas al lado de los cadáveres, el

torso estrujado contra una viga y el muro. Los dos cadáveres están en el fondo del corredor, la cara contra el suelo, los cabellos prendidos en un charco de sangre coagulada....

....La pobre gente arrastrando sus harapos, sus colchones y su inquietud, anda errante por las calles en busca de un refugio subterráneo. Toda una muchedumbre ciega de trogloditas asustados se organiza bajo de la ciudad. Volvemos a grandes pasos al hombre de las cavernas....

19 de noviembre de 1936.

Antes de ir a la Central he asistido a una escena de horrible belleza.

He encontrado esta noche cerca de la Puerta del Sol un niño de tres años que lloraba, perdido en las tinieblas. A una de las mujeres refugiadas en los subterráneos de la Gran Vía, que ignoraba el paradero de su hijo, un niño de la misma edad, rubio como el encontrado en la Puerta del Sol, se le da la noticia. Corre ella a la casa donde han recogido el niño, calle de la Montera. En la oscuridad de una tienda con los visillos tirados, el niño chupa un pedazo de chocolate. La madre se acerca hacia él con los brazos tendidos, pero los ojos se le agrandan, toman una expresión terrible, desmienten.

No es el suyo.

Queda inmóvil largos minutos. El niño le sonrío. Entonces se precipita hacia él, lo aprieta contra sí y se lo lleva pensando en el que no se ha encontrado.

Sin fecha.

Imposible hacer nada. Hay que esperar el fin de esta lluvia de meteoros asesinos, esperar que haya bas-

tantes muertos y heridos para que los dioses del General Franco hayan apagado su sed.

Trescientas mil personas andan por las calles buscando refugio. Durante quince horas Madrid arde bajo la metralla asesina.

Pero, a qué describiros por más tiempo el martirio de Madrid, enumerar los puntos bombardeados, describir los asesinatos en masa? El horror mismo se vuelve monótono,

Quisiera proponeros, sencillamente, cinco breves sujetos de meditación, antes de terminar:

1.—El bombardeo hasta el 18 de noviembre ha matado más de 2.000 no combatientes, especialmente mujeres y niños.

2.—No existían ningún objetivo militar en el perímetro donde fue más extenso.

3.—Nadie — digo nadie — ha visto las famosas proclamas lanzadas por la aviación rebelde para advertir a la población que debía refugiarse en el barrio de Salamanca.

4.—Este barrio, colmado ya, no puede alojar ahora más de veinte mil personas y en Madrid hay más de un millón de seres humanos.

5.—Ofreciendo un mínimo de seguridad en los sótanos y en los subterráneos, pueden refugiarse en Madrid unas cien mil personas. Pero, lo repetimos, la ciudad tiene más de un millón de habitantes....

Sin fecha.

No se evacúa solamente a las mujeres y a los niños. Las obras maestras han emprendido también, el camino del destierro. Todos los libros valiosos de la

Biblioteca Nacional, los manuscritos, los incunables han salido esta mañana en un convoy de chiquillos. Dos de ellos de siete años, están sentados encima de una caja en un camión.

—Qué hay allí dentro?— les pregunté.

Y me han contestado con orgullo:

—La primera edición de «Don Quijote».

Pronto, los Goyas y los Grecos, los Rafaeles y los Zurbaranes, saldrán para Valencia. Si el sitio dura algunas semanas, la luz de las obras maestras brillará bajo otros cielos.

Madrid no será mas que una ciudad guerrera, llena de bravos soldados entre muros en ruinas....

He aquí la última imagen de esta extraña mañana.

Cinco personajes bien afeitados, con trajes de tweed, miran la enorme excavación abierta en la Puerta del Sol, hasta los rieles del Metro, por un torpedo aéreo. Son los parlamentarios ingleses que encontré ayer de noche.

Meditan un instante. Luego uno de ellos murmura:

—No. Decididamente, no son unos gentlemen».

Antonio Eden — mientras se dirige a una sesión del famoso Comité de No intervención, piensa en lo que está ocurriendo. Se encuentra perplejo. Sus cálculos están fallando. Decididamente la barbarie de la guerra totalitaria no ha dado los resultados apetecidos. Los asesinatos de mujeres y niños, la sistemática destrucción de las ciudades de la retaguardia, más bien han elevado la moral de esta gente sufrida y heroica.

Además, ha surgido algo que no entraba en sus cálculos: no solo el Capital y el Ejército tienen fuerzas formidables. El pueblo en armas, consciente de su responsabilidad clasista, con una retaguardia sana y una industria de guerra respaldada por una agricultura fecunda, es invencible. Por otra parte, las necesidades históricas amoldan a los hombres con una velocidad inusitada.

Allí está la España Nueva, hecha a minutos.

Quién iba a imaginar las reservas de energía creadora de ese pueblo? De ese pueblo que el 18 de julio sin soldados y sin armas estaba entregado de antemano por los señores del Bienio Negro al Ejército y al fascismo nacional y extranjero?

En esa España de economía cadavérica, con grandes monopolios, donde el capital extraño dominaba a su antojo; en esa España que iba al Teatro de Muñoz Seca, a las fiestas íntimas del asesino Martínez Anido, a la clínica del doctor Marañón; en esa España que despreciaban todos, se había operado el milagro inefable.

Se reconstruía la economía. Se trabajaba por el arte y la ciencia. Se creaba una gran industria bélica. Y — por si esto fuera poco — se hacía en territorio español una guerra internacional con potencias como Alemania e Italia.

Indudablemente no ha pensado bien.

El factor humano es decisivo. Y cuan bien representado está en España. Ahí está la Pasionaria, corazon de madre y voz de Siglo, cuya palabra hace llo-

rar a los soldados de todos los frentes. Ahí está Miaja, el viejito de la calle Alberto Aguilera, que nadie supo que era general hasta el día en que surgió el grito de «No pasarán» y Casa de Campo se llenó de cadáveres de moros negros y de moros rubios. Ahí está el Coronel Rojo, héroe de Teruel. Ahí está Pozas, el organizador. Ahí está Cipriano Mera héroe de Guadalajara, Ahí están Francisco Galán, y Mije, y Antón, y Líster, y Gallo, y Durruty y el defensor del Guadarrama, general Mangada y los ya conocidos Prieto, Azaña, Alvarez del Vayo, Largo Caballero, Martínez Barrios y mil más ... Pero sobre todos, está el anónimo. Ese minero de Asturias, que ya no tiene sangre que dar. Ese vasco de Irún, de Bilbao y de Guernica, cien veces ametrallado. Ese castellano que ha dejado un bosque de cadáveres hasta Madrid. Ese que asesinaron en Badajoz y en Zaragoza. Ese que ametrallaron — mujer o niño — por tierra, mar y aire, cuando huía de Málaga. Ese tranviario de Madrid que no se detuvo nunca, aún en los peores bombardeos. Ese escritor o periodista como Buéno y Arconada, como Lorca y como Sénder, mutilados en la carne o en el espíritu, que entregaron su sangre y su cerebro a la más noble de las causas.

Si. Ahora lo comprende, Mister Eden. Se ha engañado.

Es que no pensó que llegara a tanto el desenfado de algunas potencias. Decenas de miles de hombres extraños han hollado la península. Todas las armas se han ensayado en esa tierra mártir. Claro que todas las armas han fracasado. Todavía el hombre es decisivo. Si nó, que lo cuenten los campos de Brihuega. Todavía el hombre es decisivo. Y hombres — en el más noble sentido de la palabra — es lo que sobra en la España roja. Caen por miles pero su sangre es fértil.

Y vienen otros a ocupar su puesto. Estos otros ya no traen solamente su azada, su carreta, su odio, su tragedia clasista. La urgencia de la cultura bélica los hace prepararse. Cierto que muchos prefieren aún la dinamita voladora trepidando al extremo de sus hondas. Pero hoy ya existen otros que devoran el cielo con sus alas de acero. La tierra con las sandalias de sus tanques. Los hombres, con la ráfaga incansable de las armas automáticas.

Se ha engañado, Mister Eden.

Nunca podrá estar mejor que el 7 de noviembre del año 36, el ejército pretoriano y traidor que en ese entonces lamía las puertas de Madrid. Nunca podrá estar peor el pueblo que defendía la Ciudad del Dos de Mayo con las barricadas de sus propios cadáveres. Cada día que pasa es una cooperación del tiempo para la España nueva. Se organiza mejor la retaguardia. Esa retaguardia tan compleja y tan variada donde hay católicos empedernidos como Irujo y como Aguirre, socialistas, constitucionalistas, comunistas, anarquistas, demócratas, liberales. Pero donde nadie quiere ser fascista!

La industria de guerra va creciendo. Los campos han podido volverse a sembrar. La semilla del libro se difunde con mano generosa. Es el mejor aliado de la nueva política. Pueblos que saben leer no pueden ser esclavos.

Se orienta la actividad de todos estos seres humanos hacia una sola meta: ganar la guerra contra el fascismo.

Por otra parte, voces amigas ayudan en la contienda. En primer término, Lázaro Cárdenas y todo ese gran pueblo mexicano. Voluntarios de todas partes del

mundo, incluso alemanes e italianos, empuñan el arma al lado de sus camaradas españoles. Codo con codo, en las trincheras están un Ludwig Renn, un André Malraux, un Alfaro Siqueiros. Por allí han andado Jhon dos Passos y Ernesto Hemingway. El mundo del cine ha explotado. El Secretario General de ese mundo, el inglés Charlie Chaplin ha demostrado públicamente su adhesión a la España Leal. Errol Flyn, escritor y estrella ha sido el encargado de llevar a la Península el óbolo generoso de Hollywood.

Las noticias se modifican. Ya no son, como en los primeros días, acusadoras únicamente para los rojos, que profanaban cadáveres de monjas, que devoraban crudos a los niños, que incendiaban iglesias, casas y hombres. Se sabe con certeza quienes son los crueles. La radio ha electrizado al mundo con las noticias de las masacres de Guernica, de Badajoz, de Málaga, de Almería. Con las noticias de los bombardeos de casi todas las ciudades de retaguardia, incluso aún aquellas que no tenían objetivos militares.

Se ha engañado Mister Eden. En la España negra es Pemán el que hace la cultura. Pemán en compañía de Millán Astray y de Queipo del Llano. Esa cultura que mató a balazos a García Lorca y que mató de remordimiento y de dolor al viejo don Miguel de Unamuno, uno de cuyos hijos tiene el rostro perforado por la metralla fascista y el otro todavía sigue luchando en las filas leales. Es Pemán el que hace la cultura. Esa cultura que Barrió la Biblioteca Nacional con torpedos aéreos. La que se gozó en bombardear el Prado. La que se le llevó la mitad de la cabeza uno de los leones simbólicos de la Cibeles.

Y este engaño de Mister Eden, es el fracaso de la vieja diplomacia. Cada día será más difícil contener

la ola de rabia que inunda el mundo. Los grandes gestos y las actitudes bravas de los países totalitarios, provocan una reacción que se extiende por todos los ámbitos. Inglaterra debe estar alerta. Solo un equilibrio político formidable y una flota omnipotente pueden permitir la hegemonía de un pueblo sin materias primas, constituído por pocas islas inhóspitas y que sin embargo controla medio mundo. Hay que estar alerta. Tal vez mañana sea demasiado tarde. Hay que estar alerta. Mister Eden.

El señor Eden vuelve los ojos hacia el demócrata Roosevelt. Hay que armarse, viejo amigo. No hay que ser soñadores como el viejo Wodrow. Hay que construir barcos, aeroplanos, cañones. Hay que prepararse para ganar. El mundo no puede ser entregado a la voracidad de ciertos pueblos. Es necesario prepararse. No deje que le hundan más barcos en el Mediterráneo.... La cuestión es decisiva. Estará jugando Inglaterra su última carta política? Mister Eden, apresúrese. Quizá mañana puede ser tarde. Ya ha visto los cambios que se operan en Alemania. Cree usted que son síntomas saludables para las democracias? Usted se olvida de que por localizar una guerra en los Balkanes surgió la gran contienda mundial del año catorce? Mañana puede ser tarde. Más buques, más hombres, más defensas antiaéreas. El porvenir de la humanidad está en sus manos, Mister Eden.

La subconsciencia le bulle con hervores de océano. El señor Eden se ha engañado. pero toma una actitud decisiva. Si. Se armará Inglaterra. Unida a Francia y a Estados Unidos, quizá a Rusia, puede salvar esta época de la hecatombe que se avecina. Entonces tendrá

solución general la sublevación de los militares traidores de España y ese conflicto gigante del que nos llegan pulsaciones inmensurables, con sus centenares de miles de muertos. Ese conflicto gigante que ha provocado la ambición de Hirohito en la tierra más poblada de Asia.

Sus labios se abren y ya no pensando en Madrid ni en España, si nó en toda Europa, en toda la humanidad, se le escapa un grito emocionado que tiene todo el valor de una consigna cósmica:

«No Pasarán....»

A la magnífica y brillante Conferencia del conocido escritor Demetrio Aguilera Malta, queremos añadir un artículo que indica el verdadero sentir de los ESPAÑOLES respecto a la traición de Franco y la INVASION de su Patria por ejércitos armados de los países totalitarios: Italia y Alemania.

¡GENERAL FRANCO!

ESTAMPA DE LA TRAIÇION

Por MATILDE DE LA TORRE

Francisco Franco y Bahamonde... ¡Cuán tristemente suenan tus apellidos españoles en esta gran vergüenza histórica que has desencadenado sobre tu patria!

Tú, que te has criado en el ambiente letrado del «áurea mediócritas» en una de las regiones más espirituales de España..., ¡tú has de saber Historia! ¡Es seguro que tu imaginación juvenil soñó muchas veces con la imitación de los héroes más hazañosos, de los guerreros más ilustres, de los más arriesgados exploradores!

Y como todo joven, y mucho más si sigue la carrera militar, habrás seleccionado tus predilecciones, César, Napoleón, Alejandro... Acaso más sencillamente Vendôme, Ney, Kutuzow... Posiblemente se adueñaron de tu imaginación juvenil los Scandenbergs y los Kosciuskos... Y a medida que fuiste ganando años arriba en la vida, fuiste fijando tu atención en los héroes más modernos: Lincoln, Washington y otros fundadores de pueblos. Ultimamente, estudiaste con admiración la moderna ciencia militar en los Foch y Ludendorff y soñaste la noble empresa de «vivir una guerra grande» en defensa de grandes ideales patrióticos...

Así se formó tu espíritu militar, y así hubieras entrado por las puertas de la Historia de España como un «clásico del honor español».

Sólo que... Sólo que, a última hora, tu espíritu de militar honrado se nubló de miseria política. Cogiste todos tus entusiasmos y los arrojaste, como margaritas a puercos, a los pies de una pandilla de vividores de la política de partido. De esa política que mil veces has criticado, porque ella era ajena al concepto diamantino que un militar honrado tiene de su profesión.

Dime, Francisco Franco y Bahamonde: ¿Entre tus héroes predilectos hallaste alguno que pasara dignamente a la Historia por el camino que tú llevas?

Bien sabes que no. Para encontrar parangón contigo en la Historia de España necesitas remontarte al siglo VII y darte la mano con Don Oppas y con el Conde Don Julián. Quienes también alegaban «principios políticos» que los separaban del rey Rodrigo. Y para solventar pleitos internos, metieron a los moros en España. Les abrieron las mismas puertas andaluzas que les has abierto tú. También puedes encontrar el otro

único ejemplo de tu acción, y éste te le ofrece aquel rey Fernando VII, al que tú, como hombre honrado has odiado siempre como prototipo de traición y de tiranía.

Sólo que aquel ejército extranjero «no asesinó» al pueblo español en batalla. Y fuera de esos dos ejemplos inicuos, asco de nuestra Historia, nada encuentras parecido a lo que tu haces. No vale que invoques a Pavia ni a Primo de Rivera, porque ambos a dos, por torpezas que cometieran, actuaron «dentro de la órbita de España». Con elementos españoles. Revolvieron cieno, sí; pero siquiera era el cieno de su patria. Elio, Zumalacárregui y Cabrera mataron españoles... ¡Pero no metieron tropas extranjeras! Por eso sus guerras fueron inicuas, pero normales dentro de lo horrible de la guerra civil.

No; no busques héroes similares a ti. No los hay. Ni siquiera salgas de las fronteras de tu patria para buscar pareja en tus acciones. El fascismo (que no comprendes, y que, seguramente, te repugna) no puede disculpar tu actuación. Esa doctrina es extraña, ajena, sin raíces en tu alma ni en la de ningún español. Pero si quieres que admitamos que un entusiasmo fascista te llevó a la rebelión contra tu Estado..., ¿cómo hemos de admitir que ese entusiasmo te llevará a la traición? La rebelión es un delito militar que «puede no deshonorar» porque ella entraña un movimiento revolucionario. Pero la traición deshonra siempre. Para qué explicarte a tí, Francisco Franco y Bahamonde, la diferencia entre una «rebelión» y una «traición», si lo sabes mejor que nosotros? Mejor. Porque lo vives, porque a tus solas te muerde en el alma el espejo de ti mismo.

La rebelión es la sublevación contra el régimen. La traición es la venta de la patria al enemigo. La patria es cosa delicada en su honor. La pesuña invasora

la deshonra. Ningún pretexto del mundo disculpa que un hombre, y menos un militar, le franquee al extranjero las puertas de la patria. Suceda lo que suceda en el hogar, es la familia la que debe solventarlo. Porque el extranjero «cobra siempre» su intervención. La cobra en proporciones monstruosas: comenzando por el dinero y acabando por la carne humana. Todo extranjero con armas dentro de un pueblo es su verdugo necesariamente. Venga a lo que venga, deshonra. Por eso, el meter en la patria tropas extranjeras, se llamó TRAI-CION y no hay quien lo lave. Ni el fuego ni la sangre. Puede pagarse el delito con la vida; pero la mancha histórica es indeleble. La Constitución se lo prohíbe al propio Jefe del Estado.

Tú, Francisco Franco y Bahamonde, has metido tropas extranjeras en tu patria. El pretexto te parece hoy causa. Pero nunca jamás la Historia reconoce esa causa. Porque en las naciones no hay para los militares más que una CAUSA UNICA. Y esa es la de la libertad de la patria, la salvación de la patria. Libertad y salvación se reducen a un solo concepto: INDEPENDENCIA DE LA PATRIA.

Para salvaguardar esa independencia estáis vosotros, los militares. Nunca pudo la patria admitir que la espada que puso en la mano de un hijo suyo, para defenderla, se pusiera al servicio de un pueblo extranjero para someterla.

No busques siquiera compañeros de tu acción en los Estados totalitarios a los que sirves. Ninguno de sus jefes o «duces», grandes payasos del circo moderno, puede estrechar tu mano sin avergonzarse. Ellos te desprecian y tienen derecho a ello. Porque ellos implantaron en sus respectivas patrias regímenes absurdos, pero por culpable que fuere lo que hicieron... ¡no

fueron traidores a la patria! ¡Obraron con sus propios elementos! Mussolini, antiguo líder socialista, sólo fue traidor a su propia historia personal. Pero, fíjate: no metió tropas extranjeras en Italia. Reclutó una patulea de facinerosos, a los que llamó «camisas negras»... Pero aquella patulea inmunda... ¡era italiana toda ella! ¿O es que te llamó a ti, general español, para que metieras en Génova un par de regimientos que le ayudaran a sojuzgar la libertad de sus compatriotas?

No, no. A Mussolini podían ocurrírsele muchas atrocidades y, sobre todo, infinitas ridiculeces. Pero la «lesa patria» no manchó jamás su acción.

Lo mismo verás en la actuación de Hitler. Obró con elementos propios. Con alemanes. Y, además, su tropelía política tuvo un fin de liberación patriótica del Tratado de Versalles. Tampoco te llamó a ti para que le vendieras la espada.

No, no. Francisco Franco y Bahamonde, ¡tu caso no tiene parangón con ninguno! Fuera como fuera el Gobierno de España. Miraras lo que miraras de desagradable para tus ideas «políticas» (que bien excusado estabas de tenerlas)..., lo que tú has hecho no tiene más que un nombre. El que a ti más te duele. El nombre maldito que te tortura el alma cuando estás solo. Ese nombre maldito que apartas cada hora de tu imaginación, sobre todo en los momentos en los que sopor-tas la compasiva colaboración de los Estados Mayores extranjeros que vienen a «ayudarte a invadir la patria»...

Ni busques disculpas en las sofisterías de la pandilla de Goicochea que pretendan engañarte con la teoría de que esos Ejércitos extranjeros que has traído a tu patria están con derecho de aliados. No, no. ¡De

la deshonra. Ningún pretexto del mundo disculpa que un hombre, y menos un militar, le franquee al extranjero las puertas de la patria. Suceda lo que suceda en el hogar, es la familia la que debe solventarlo. Porque el extranjero «cobra siempre» su intervención. La cobra en proporciones monstruosas: comenzando por el dinero y acabando por la carne humana. Todo extranjero con armas dentro de un pueblo es su verdugo necesariamente. Venga a lo que venga, deshonra. Por eso, el meter en la patria tropas extranjeras, se llama TRAI-CION y no hay quien lo lave. Ni el fuego ni la sangre. Puede pagarse el delito con la vida; pero la mancha histórica es indeleble. La Constitución se lo prohíbe al propio Jefe del Estado.

Tú, Francisco Franco y Bahamonde, has metido tropas extranjeras en tu patria. El pretexto te parece hoy causa. Pero nunca jamás la Historia reconoce esa causa. Porque en las naciones no hay para los militares más que una CAUSA UNICA. Y esa es la de la libertad de la patria, la salvación de la patria. Libertad y salvación se reducen a un solo concepto: INDEPENDENCIA DE LA PATRIA.

Para salvaguardar esa independencia estáis vosotros, los militares. Nunca pudo la patria admitir que la espada que puso en la mano de un hijo suyo, para defenderla, se pusiera al servicio de un pueblo extranjero para someterla.

No busques siquiera compañeros de tu acción en los Estados totalitarios a los que sirves. Ninguno de sus jefes o «duces», grandes payasos del circo moderno, puede estrechar tu mano sin avergonzarse. Ellos te desprecian y tienen derecho a ello. Porque ellos implantaron en sus respectivas patrias regímenes absurdos, pero por culpable que fuere lo que hicieron... ¡no

fueron traidores a la patria! ¡Obraron con sus propios elementos! Mussolini, antiguo líder socialista, sólo fue traidor a su propia historia personal. Pero, fíjate: no metió tropas extranjeras en Italia. Reclutó una patulea de facinerosos, a los que llamó «camisas negras»... Pero aquella patulea inmunda... ¡era italiana toda ella! ¿O es que te llamó a ti, general español, para que metieras en Génova un par de regimientos que le ayudarían a sojuzgar la libertad de sus compatriotas?

No, no. A Mussolini podían ocurrírsele muchas atrocidades y, sobre todo, infinitas ridiculeces. Pero la «lesa patria» no manchó jamás su acción.

Lo mismo verás en la actuación de Hitler. Obró con elementos propios. Con alemanes. Y, además, su tropelía política tuvo un fin de liberación patriótica del Tratado de Versalles. Tampoco te llamó a ti para que le vendieras la espada.

No, no. Francisco Franco y Bahamonde, ¡tu caso no tiene parangón con ninguno! Fuera como fuera el Gobierno de España. Miraras lo que miraras de desagradable para tus ideas «políticas» (que bien excusado estabas de tenerlas)..., lo que tú has hecho no tiene más que un nombre. El que a ti más te duele. El nombre maldito que te tortura el alma cuando estás solo. Ese nombre maldito que apartas cada hora de tu imaginación, sobre todo en los momentos en los que soportas la compasiva colaboración de los Estados Mayores extranjeros que vienen a «ayudarte a invadir la patria»...

Ni busques disculpas en las sofisterías de la pandilla de Goicochea que pretendan engañarte con la teoría de que esos Ejércitos extranjeros que has traído a tu patria están con derecho de aliados. No, no. ¡De

ningún modo! Los Ejércitos ingleses y americanos que combatieron en Francia en la Gran Guerra..., ¡combatían «por Francia contra Alemania»! No como tú, que has llamado Ejércitos extranjeros para combatir «contra España». Francia estaba acometida por enemigo exterior. Vosotros no teníais ningún enemigo exterior. Los aliados de Francia no fueron a dirimir pleitos internos de partido político, sino a dejar establecido universalmente el principio de la intangibilidad de las «patrias», con el derecho universal también, de que ellas disponen libremente de sus destinos.

¡Y tú te alzas contra este principio de universal legalidad vendiendo tu suelo nativo a la fuerza extranjera para «combatir contra tu propio Estado»! Para avivar una miserable guerra civil. Para que bayonetas extranjeras asesinen a tus hermanos

Tú, por el mal camino; comenzaste en la rebelión y llegaste a la traición. Pudiste evitarlo. Cuando en agosto del 36 viste que no te bastaban los españoles ni los moros para imponer tu voluntad política, debiste «dejarlo» Como otros ilustres rebeldes «lo dejaron» en muchas ocasiones. Habías fracasado. Pudiste pasar la frontera y esperar la amnistía, que, ¡ay!, hubiera tardado demasiado poco. ¡Conocías la República y sus métodos de generosidad absurda... (Aquellos métodos que te permitieron a ti, Francisco Franco, preparar con tiempo y a gusto una rebelión de tal envergadura.)

Entonces fué la hora de salir todavía con honor del atoladero. Que entonces era todavía una travesura militar, un episodio más de la España de las «cuarte-ladas».

¿Qué «habíais gastado mucho en los preparativos»? Más habéis gastado después. Ya no tenéis con

qué pagarlo vosotros. Pronto no tendremos con qué pagarlo nosotros. La patria esquilada hasta el tuétano, está condenada a la miseria. Aunque vencieseis mañana (que, para descanso de tu alma, no venceréis nunca)..., ¡tampoco podríais pagar al extranjero. Ya lo habéis hipotecado todo. Sólo os queda regalarle el pueblo en masa, con la argolla de la esclavitud al cuello.

¿Qué el «honor» os mandaba seguir adelante? Dime, caudillo de tan mala causa, ¿dónde está ya vuestro honor de militares? Está a los pies de los invasores para que lo pisoteen. Si mañana vencieseis, serían los italianos y los alemanes, ¡y hasta los portugueses!, los que habrían vencido. La victoria sellaría vuestra nulidad, vuestra impotencia como militares. ¿No advertís que esa victoria os dejaría «aún más deshonrados, si cabe», de lo que estáis?

¡¡Tantos trabajos y vergüenzas para una victoria italo-germano-portuguesa sobre vuestro propio pueblo!!

Francisco Franco y Bahamonde: ¿Recuerdas la historia de Coroliano? Permítele a esta vieja española, que ha encanecido acicalando su amor a la patria en el silencio de una biblioteca (que tus extranjeros acababan de quemar, por cierto, en la «conquista» de Santander)..., permítele que reavive en tu memoria de español la figura de aquel general romano.

II

Francisco Franco y Bahamonde...

¿No recuerdas la vida de Coriolano? Pues si aún tienes tiempo, entre el cúmulo de quehaceres que te

dan tus errores criminales, busca esa página maestra de la historia de Roma. Lee, aunque sean las primeras líneas, que luego has de seguir cada vez mas interesado...

Al principio te seducirá la figura de aquel general romano, porque en él verás ciertas afinidades espirituales contigo: sus ideas políticas sobre todo. Y a medida que avances en la lectura, ella te prenderá en una expectación casi angustiosa... ¡y habrá momentos en los que el rubor de la hombría te subirá al rostro! Porque sentirás la desazón de haberle hallado una semejanza contigo y el sentimiento del antiguo honor que tuviste te avisará que aquel parecido va siendo fatal. Pero seguirás leyendo. Una secreta esperanza de que aquel modelo tuyo enmiende sus yerros te animará a seguir su historia...

Mas, al doblar la última página, el libro se te caerá de tus manos y entre ellas esconderás la cara. ¡La esconderás para llorar como lloran los hombres! ¡Ay, si eso sucediera!... ¡Si eso sucediera, tú, Francisco Franco y Bahamonde, estarías salvado! Salvado de la vergüenza sempiterna. ¡Si tú fueras capaz de enmendar el yerro de Coriolano, tu figura nobilísima sería única en la Historia de España!

Habrías borrado todos los estigmas. Habrías enterrado el fantasma de Don Oppas, con cuyo ropaje te has vestido. Habrás matado para siempre la figura siniestra del Conde Don Julián cuyos hechos has repetido...

Coriolano era como tú: valiente bajo las armas de su patria, a la que defendió de los volscos, enemigos terribles. Carácter rectilíneo, tenía un defecto sólo: el

orgullo. Tan orgulloso era, que nada calmaba su sed de popularidad. No le bastaba ser estimado como militar: quería influir en la vida política de Roma. De la República romana.

Pero el pueblo romano era contrario a la intervención militar en los asuntos civiles. Tú sabes bien que la vieja ley prohibía que ningún general entrase en la ciudad vestido de guerrero. Aquellas sagradas puertas sólo se atravesaban cubierto con la toga civil. Era un símbolo magnífico de ciudadanía. Sila fué el primero que atropelló la costumbre, y entró a caballo, espada en mano, y fué para implantar la espantosa tiranía de la Proscripción.

Coriolano pretendió ser elegido tribuno del pueblo. Rehusó las formas democráticas de la elección, negándose a hablar a las masas ciudadanas, de las que exigía obediencia ciega. Las masas ciudadanas no le acataron en su orgullo. Ellas entendían que Coriolano, con todo su prestigio, estaba en Roma para garantizarles la libertad y no para arrebatársela. Le estimaban general, pero no le querían tribuno. La magistratura popular tenía demasiado alcance para otorgársela a un guerrero. ¡Los guerreros, a quien han de sojuzgar es a los enemigos y no a los compatriotas!

Coriolano tenía su partido. En todas las Repúblicas cas hay sectores de hombres duros y estrechos que no comprenden la ciudadanía. Y trabajaron la elección del general victorioso contra los vólscos. Pero el pueblo se negó, y Coriolano fué derrotado en los comicios.

No pudo soportarlo el hombre orgulloso. Su carácter se derrumbó. La ira le comía. Una amargura venenosa le corroía la sangre y se le subía a las palabras. El, militar ilustre, había recibido un desaire de la ple-

be romana, de aquella plebe de la que él decía: «¡Apártate, que hueles muy mal!»

Indignado con los próceres que no le habían protegido lo bastante, con los senadores y los patricios, comenzó a hacerse aborrecible por su rencor estúpido. En vano la familia le rodeaba de cuidados de amor y los amigos que le quedaban extremaban sus muestras de respeto. ¡Coriolano era presa del demonio de la soberbia y la ira le cegó todos los caminos honrados.

— ¡Roma sabrá quien es Coriolano el vencedor!

Y se fué con los volscos.

Y, ciertamente, logró su venganza.

Al frente de los ejércitos volscos invadió su patria. La ciencia militar que el poseía la puso al servicio de los enemigos. Bajo su mando las tropas extranjeras, tantas veces barridas por los romanos, invadieron el suelo sagrado de la gran República. Y Coriolano venció a los ejércitos de Roma y, valido de su conocimiento, forzó pasos y defensas, arrasó ciudades, asoló las mieses... Los ejércitos volscos, encantados de aquel guía milagroso, se tomaron de una vez para todas las revanchas de sus infalibles derrotas a manos latinas.

Y devastada la patria, Coriolano, victorioso al frente de los enemigos, se presentó ante las puertas de Roma. Llegó como el rayo de la guerra, como nunca pensó Roma que pudieran llegar hasta ella enemigos armados.

El terror, aquel terror de las guerras antiguas (ese terror que tú, Francisco Franco, has hecho revivir aho-

ra en España), se apodero del pueblo demócrata por excelencia. No había ya fuerzas que resistieran, y la ferocidad de los volscos era conocida. Tenían, además, tantas cuentas que cobrar a los romanos...

El Senado se reunió como en las grandes ocasiones a prepararse a una digna muerte. Los tribunos temblaron de pavor ante el antiguo enemigo político que ahora venía espada en mano a vengar una derrota en los comicios ..

Y el pueblo, que no le votó lo suficiente, se preguntó aterrado si era tan grande su delito, como para merecer la ruina.

Entonces surge la necesidad de una gestión suprema. ¡Hay que hablar a Coriolano! ¡Hay que afrontar, cara a cara la ira satánica del romano implacable que viene contra su patria, devastándole como un azote del cielo.

Pero... ¿quién osará aproximarse al héroe traidor? Se sabe de sus locas venganzas en las regiones devastadas. ¿Quién osará, siendo de Roma, ponerse delante de aquel león, más enfurecido cada día por la conciencia de sus propios delitos?

Entonces se levanta Volumnia, la madre del general traidor, y se ofrece a la empresa. Toda Roma la ve partir hacia el campo enemigo; centenares de miles de ojos la siguen hasta que desaparece entre las catervas bárbaras.

Llega la anciana patricia hasta la presencia de su hijo. El, que teme una debilidad de su carácter ante la madre respetada, se hace rodear de los jefes volscos. Pero Volumnia, la romana orgullosa no teme nada. Digna y serena se encara con el general y le dice las pa-

labras que la Historia conserva como expresión de toda nobleza:

—Coriolano, hijo de Volumnia... ¿Eres tú realmente el que está sentado entre estos jefes volscos? Los ojos de tu madre, ¿te miran prisionero de ellos? Dime, Corielano: ¿son esas manos tuyas aquellas que me acariciaban de niño? ¿Son esos tus pies aquellos piececitos que aprendieron a andar sobre las calles de Roma y jugaron en sus plazas? ¿Eres tú aquel Coriolano que yo dí a luz para gloria de la patria? Porque ahora esas manos están tintas en sangre romana; y esos pies han pisoteado las mieses que le daban pan a tu madre; y tu brazo, antes terror de los enemigos, es hoy terror de tus hijos. ¡Pero no! Yo quiero creer que mis ojos envejecidos no miran la verdad de tales crímenes... Tú eres Coriolano, el general romano, el vencedor de los volscos. No has traído a estos extranjeros para que devasten tu patria. La verdad es que tú, general de las legiones romanas, vienes a defendernos; la verdad es que tú saldrás ahora de estas tiendas y entrarás en Roma, y tú solo, con tu presencia, animarás las débiles fuerzas de la ciudad... Tú, Coriolano, hijo de Volumnia, orgullo de tu raza, escudo de Roma, sabrás morir con la única muerte digna de ti: defendiéndola de tu propio crimen. Tú no echarás a los perros extranjeros las entrañas de tus pequeñuelos. No entregarás al deshonor las doncellas entre las cuales escogiste esposa. . Tú no consentirás que la noble cabeza de tu madre se humille vencida ante los bárbaros, a no ser que ruede por el suelo a golpe de Espada... ¡Mírame, Coriolano! ¡Yo soy Volumnia, tu madre! ¡La unvira que honró tu infancia con eterna viudez! ¡Aquel hijo mío no puede ser traidor! ¡Si no hallas fuerza para arrepentirte, aléjate de Roma al menos! ¡Libra a tu patria de la muerte, ya que no la hayas librado de la

vergüenza! Si así no lo hicieres, maldito seas para siempre. Busca tu extirpe entre los volscos. Una volsea inmunda, y no yo, será la que te habrá parido.

Coriolano se retiró con el ejército volseo. Pero su vida estaba rota.

Roma no le condenó con exceso. Era un pueblo grande aquél. Aun lloraron muchos patricios cuando supieron que Coriolano había sido, por fin, asesinado por los volscos. ¡Por los volscos miserables, a los que él tantas veces había vencido y que ahora le apuñalaron «por traidor»!

Francisco Franco y Bahamonde: toma ese espejo. La Historia es la Maestra de la Vida.

El volumen siguiente de
esta colección contiene:

Nº 2

**"LA SOCIOLOGIA DEL
NACIONALISMO MODERNO"**

POR EL

Doctor
Humberto
García Ortiz

El erudito catedrático de la Universidad Central aborda este tema, de palpitante y trágica actualidad, profundizando en su estudio, desde su génesis histórica, hasta nuestros días, en que los fascismos nacionalistas han venido a constituirse en la constante amenaza de los pueblos débiles.

Un Manual de 80 páginas,
nítidamente impresas en papel satinado,
con portada de cartulina a colores,